

El camino espiritual de S. Andrés Huberto Fournet

Antes de entrar de lleno en el tema que hoy nos congrega, permitidme que os comparta mis impresiones personales, no para valorarme a mí mismo, sino porque esas impresiones pueden ayudarnos a abordar correctamente el tema.

Os hablo en el momento preciso en que tengo la alegría de entregar a Sr Marthe el trabajo terminado por fin de la edición crítica de las *cartas fechadas* del P. Andrés (174 cartas de una colección de 300 manuscritos), un trabajo de gran envergadura, emprendido hace unos diez años que va concluir en un volumen de unas 600 ó 700 páginas.

Mientras me aplicaba en analizar al detalle cada carta, avanzaba sin tomar suficiente perspectiva para percibir lo que se me había concedido ver, cuando – con admiración y gozo inexplicable-, al fin del trabajo, llegué a establecer el *Índice Temático*. Para hacer este *Índice* tuve que releer, otra vez, todo de forma seguida. Entonces llegué a una percepción de conjunto que sin descuidar nada de los detalles particulares permite captar en sus justas proporciones lo que yo llamaría las *constantes* del P. Andrés (podéis llamarlas las *verdades fundamentales*, las *líneas fuerza*, las *prioridades*) en resumen, lo que es más importante a sus ojos. Ha habido una especie de exultación que nos entusiasma cuando resuena el coro final de una cantata: las voces son las mismas que las que ya se han oído, y al mismo tiempo se hacen sublimes por su acorde, su armonía, y entonces descubren una belleza que es la de su verdad *Splendor veritatis...*

¿Qué he constatado pues?

1. En primer lugar, estaba impresionado por **la gran proporción de términos netamente positivos** en el lenguaje del Buen Padre: todo ese vocabulario de dicha, de alegría, e incluso de júbilo (Sr Marthe puede verificarlo en las entradas de *Alegría, Felicidad, Dicha, Gozo*)... Durante mucho tiempo nos hemos hecho una idea (falsa) del P. Andrés, como un sacerdote austero, severo, insistente en la dimensión penitencial de la vida cristiana, - un santo más bien sombrío, nada atrayente, un santo triste... Sí, era exigente, es verdad, pero nunca en el sentido de la mutilación del ser, por el contrario, era exigente con vistas a una más amplia realización de la persona a la que se dirigía, haciendo tomar conciencia a cada uno de sus corresponsales, que en el corazón del ser humano hay una sed infinita, y que estamos hechos para el infinito. Lo podéis comprobar en una búsqueda y relectura personal a partir del índice, que está ahí para ayudaros a encontrar lo que buscáis (o lo que hay que descubrir). En nuestros días somos muy sensibles a la frecuencia de tal o tal palabra, pues de ella se desprende, con razón, algo revelador. Pues bien, podréis dedicaros a poner en la balanza el lenguaje empleado por el P. Andrés: lo cuantitativo es también un medio de apreciar lo cualitativo.
2. También me ha impresionado más todavía, que frecuentemente, el P. Andrés **tiene cuidado de precisar lo que dice, para que no se engañe quien lo lee...** Y sin embargo, a menudo se ha pasado por encima de esas precisiones hasta el punto de hacerle decir lo contrario. Se ha interpretado, se ha glosado, se ha más o menos deformado – por

supuesto involuntaria o inconscientemente-, pero con el mismo resultado: no se ha *oído* en verdad lo que él decía, porque no se le ha *escuchado* del todo. Durante 150 años, se han escrito libros sobre él, con muchas citas de sus escritos, por supuesto, “trozos escogidos”..., y ahí está el fallo, pues la elección refleja el estado de quien la hace, y no da precisamente una imagen fiel de la realidad completa del mensaje.

¿Hemos oído al P. Andrés? Lo hemos amado sin conocerle verdaderamente. Sin duda le hemos amado porque, por gracia, hemos presentido en él una bondad, una autenticidad, un reflejo verídico del Evangelio. Lo hemos amado... iba a decirlo *a pesar* de sus sucesivas biografías, lo que es un poco excesivo. Lo hemos amado, finalmente, gracias al carisma que vosotras, las Hijas de la Cruz, sus hijas, habéis mantenido vivo en la Iglesia y en el mundo. Personalmente yo he hecho la experiencia aquí mismo, en La Puye, ahora, en este mes de Octubre, hace justo 50 años, por la acogida tan fraterna y compasiva encontrada en una humilde religiosa que atendía la portería del convento; esa hermana no escribió ni una línea sobre la espiritualidad del P. Andrés, pero vivía el espíritu del Buen Padre, y fue por ella por quien me conmovió S. Andrés, pues daba su tiempo y su corazón a nuestra familia de refugiados argelinos, echados a Chauvigny, aislados, perdidos, mirados de reojo, incluso por los cristianos de la parroquia. Hechos de ese estilo que te ocurren cuando tienes 13 años, te marcan... Y, Hermanas, yo no les expresare nunca suficientemente mi gratitud y la de mis padres, a él, a Sta. Juana Isabel y a ustedes.

Ahora que podemos tener acceso en su integridad a los escritos del P. Andrés, lo descubrimos tal como es, despojado de comentarios ornamentales que no sirven a penas para conocerle realmente. Vemos algunos ejemplos que ilustran la manera que tienen de precisar lo que quiere decir. Cuando exhorta a la pobreza, a la caridad, a la humildad, a la paciencia, al silencio, precisa casi sistemáticamente: *“la pobreza de Jesús”, “la caridad de Jesús”, “el silencio de nuestro divino Modelo”* y así sucesivamente. Dicho de otra manera, no se trata de amar la pobreza por sí misma, sino porque nos acerca de Aquel a quien busca nuestro corazón y ama ya sin haber visto todavía su Rostro sino por lo que reflejan el rostro de los pobres, de los pequeños, de los excluidos al Señor, a la persona de Jesús.

Si pudiera permitirme un consejo, cuando tengan en sus manos el volumen de las cartas, no se contenten con leer un trozo de frase al azar, lean al menos toda la frase, y mejor todavía, leer el párrafo entero para no *“cortar la palabra”* al Padre Andrés. Veréis que es excelente pedagogo (pensad que escribía a hnas. Que no tenían estudios superiores pues procedían en su mayoría de medios muy modestos), se adaptaba y explicaba, repetía y volvía a empezar como un padre que ayuda a sus pequeños a mantenerse de pie y a andar. *¡Ese es el tema del camino... y a él volveremos!*

3. Tercera constante y la última para este preámbulo puesto que hay que definirla bien: la presencia de **expresiones insólitas** que no se pueden comprender más que estudiando bien el contexto. Ejemplos: *“este Hijo {...} que da [...] su corazón como alimento”* (1º de mayo de 1833), *“un juez que continua su vida de víctima”* (12 de Octubre de 1833)... Constataréis

también que cuanto más avanza en edad el P. Andrés, sus fórmulas son cada vez más sintéticas y de una densidad que consigue poner en palabras lo más grande e inexplicable de la fe. U cuando aborda temas que hoy consideraríamos “trampa” porque son temas que se prestan a malentendidos, tienen el cuidado de dibujar claramente sus contornos: así para la palabra *cuerpo*, realidad tan delicada para abordarla, sobre todo al comienzo del siglo XIX, cuando la tendencia a magnificar el dualismo platónico (no cristiano) espíritu/cuerpo, Hasta hacer del cuerpo una especie de enemigo - y este dualismo hará a la Iglesia un mal del que todavía no se ha repuesto-. El P. Andrés asocia la palabra *cuerpo* a las palabras *mundo, terrestre, visible*, lo que significa , si se mira de cerca que el cuerpo no es despreciado no combatido, ni mucho menos rechazado, sino que hay que transfigurarlo, animarlo de lo que tiene de *eterno, celeste, invisible*. Es por tanto una perspectiva muy nueva para su época, y para la nuestra. Y así, sin jugar con las palabras, se abre ante nosotros un camino de comprensión, que exigirá por nuestra parte una cierta conversión de la inteligencia, por el abandono feliz de nuestros *a priori*.

Vuelvo sobre un tema propiamente dicho del *camino espiritual de S. Andrés*. Si les parece bien, dejaré un poco de lado la palabra *espiritual* que parece que se opone implícitamente a *corporal o material*, puesto que una tal dicotomía no corresponde en absoluto a lo que el P. Andrés no deja de enseñar tanto con sus escritos como con su vida. En otro tiempo se deleitaron aislando una frase sacada de una carta a su sobrino Pierre Levi Chapt (20 de Enero de 1830), “*La eternidad debe ocuparnos más que el tiempo*”, - hasta el punto de que esta frase se convirtió en divisa gravada sobre la filacteria que tienen en la mano las estatuas de su efigie y que parece que recapitula todo su mensaje - haciéndonos creer que para él habría una discontinuidad entre el tiempo y la eternidad, considerando el tiempo como algo despreciable, como si nuestra estancia en la tierra no fuera sino un mal momento que hay que pasar como cuando nos armamos de paciencia en una sala de... Ahora bien, no es en absoluto lo que se desprende de sus escritos que no dejan de estar inspirados en la lógica de la encarnación que, por el contrario, nos impulsa a inscribir la eternidad en el tiempo y, por decirlo así, a transfigurar el tiempo en eternidad.

Una tal inversión respecto a nuestros *a priori*, respecto también a la mentalidad general del siglo XIX que se expresa hasta en las predicaciones de sacerdotes mal inspirados (por ejemplo: después de la lluvia el buen tiempo, después del esfuerzo la recompensa, después de la noche el día, después de la tierra, el Cielo, después del Viernes Santo la Pascua, etc.) Sí, una tal inversión revela todo un camino recorrido por el mismo P. Andrés. Es un camino que no estaba trazado de antemano: el P. Andrés tuvo que prestar la atención necesaria para adaptarse a las circunstancias. Vamos a verlo ahora: cuando enseña, por sus escritos, que la resurrección no viene después de la muerte sino que se da ya en la muerte, no aprendió eso por los libros de teología, sino por su propia experiencia de cristiano que toma en serio su bautismo, por su experiencia de sacerdote que ayuda a avanzar a los demás, y sencillamente, por su experiencia de hombre que se ha equivocado a veces, y que ha sabido levantarse para continuar el camino.

No me detengo en la biografía del P. Andrés, que seguramente Sor Madeline os ha presentado ayer muy bien, Hay que destacar, no obstante, en su itinerario algunos hechos que dejan huella en sus escritos y que muestran que también el Buen Padre ha seguido un camino que llevaba a nuevos desplazamientos, a veces al precio de rupturas costosas para su corazón de hombre. Al final de compendio de *Cartas fechadas*, encontraréis una *Cronología* bastante precisa.

Paso sobre su conversión conseguida gracias al pobre mendigo en la escalera de la casa cural de Maillé, conversión que , por otra parte, no se produjo de la noche a la mañana aunque el cambio se manifestó radical en su vida cotidiana. Para el conjunto global de su vida no se puede dejar de notar que el P. Andrés se vio obligado a vivir bajo cinco regímenes políticos diferentes (monarquía del Antiguo Régimen, Revolución con sus diversos avatares, Imperio, monarquía de la Restauración, monarquía de Julio). Tuvo que adaptarse. Un carácter demasiado inestable se habría desequilibrado y finalmente roto, por el resultado de la inercia y de la indiferencia. Él, por el contrario, sin perderse en consideraciones generales que dispensan de actuar, se mantuvo atento a las necesidades de la gente sencilla que le rodeaba, de ese pueblo simple a quien tenía la misión de servir. Y sin dejarse desviar, es decir sin apartarse de su camino, respondió a sus llamadas.

Y más duro aun por su condición de sacerdote del Antiguo Régimen, conoció tres formas de Iglesia: la primera, aparentemente intemporal, antes de la Revolución; la segunda, desgarrada por los abandonos, los reniegos y otras apostasías de tantos hermanos; la tercera, nacida del concordato pero todavía herida durante años por las divisiones del clero. Se puede añadir una cuarta, la Iglesia de después de la Restauración, demasiado imprudentemente unida al Trono. Y en eso también, se adaptó cada vez, con una fidelidad impecable en el fondo, y con una flexibilidad inspirada en la caridad.

En un plano más personal, hay que considerara los cinco años del exilio en España, y la decisión de volver en 1797: en eso también, un camino de conversión aun más costoso que un largo viaje...

Y en la fundación de las Hijas de la Cruz, no se trata para él de ejecutar un programa, sino de responder a una *llamada*. Es lo que no dejará de repetir a las hermanas a quienes hablará de la *vocación y de la* consagración religiosa: estar a la vez atentas a Dios y a los pequeños, porque precisamente Dios nos habla a través de las llamadas de los pequeños. En ese aspecto, el P. Andrés ha aplicado lo que decían dos hombres que él admiraba:

- En primer lugar, S. Vicente de Paul, "*los pobres*" [...], *son nuestros señores y nuestros amos*" (*charlas a las Hijas de la Caridad*, Ed. Coste, Paris 1925);
- Y luego Blaise Pascal, "*Si Dios nos concede amos por su propia mano, oh ¡Cómo habrá que obedecerles de corazón! La necesidad y los acontecimientos son infalibles en eso.*" (*Pensamientos*, Lafuma 919, Brunshvicg 553).

Al instituir una nueva familia religiosa, el P. Andrés no buscó llevar a cabo un proyecto personal, un programa preconcebido. Incluso en su gobierno de la Congregación, no dejó de

escuchar las llamadas para responder a las necesidades. Y lo realizó en espíritu de caminante que no piensa nunca en el derecho a pararse. Dirá a menudo a las hermanas que el gran peligro, quizá el peor, es la pereza, que podemos traducir al lenguaje actual como el inmovilismo, la esclerosis de la voluntad, por tanto la sequedad del corazón. Y si vamos al final del paralelismo entre su preocupación de pastor y nuestras preocupaciones actuales en el aspecto pastoral, veríamos que nuestros propios conceptos de *dispositivo, objetivo, proyecto, programa, estrategia*, nos alejan tal vez de lo debería ser nuestro único fin: adherirnos a la voluntad de Dios (*“la voluntad de Dios, es vuestra santificación”, Th 4, 3*), en correspondencia con esa voluntad de Dios que se expresa por medio de los acontecimientos y de las necesidades del mundo. Para responder, primero hay que oír y para oír hay que escuchar. Precisamente, el P. Andrés nos impulsa a estar atentos.

Y si recorro rápidamente su vida, veo las diferencias de tal modo penosas con Sor Isabel, en el otoño de 1820, a propósito del establecimiento de Issy-les-Moulineaux y de la jurisdicción del arzobispo de París: eso fue un asunto dramático, porque los dos tenían razón según sus respectivos puntos de vista y sufrieron mucho uno y otra, estando al borde de la ruptura y casi de la desaparición de la congregación; luego la reconciliación se produjo por una conversión, no por una capitulación sino por una sacudida de conciencia, una apertura de espíritu, en resumen por un avance en el camino de la caridad.

Y puesto que estamos en La Puye, ¿cómo no pensar en aquel 25 de Mayo de 1820, cuando el P. Andrés, para seguir a su familia religiosa y permanecer más presente a ella, deja St Pierre de Maillé, su pueblo natal, su parroquia de siempre: entonces tienen 67 años y medio, lo que en su época era una edad avanzada... Este acontecimiento representa también una nueva etapa en un largo camino, momento en el que un sacerdote, gastado por el ministerio, aspiraría al descanso. Pero él, por el contrario, continua con la energía que le viene del amor Dios encontrado en la oración y en el amor a los otros constantemente escuchados y servidos.

Ese dinamismo de su vida se encuentra en su enseñanza. Y ahí nos encontramos cara al tema del camino. Más que un tema es la misma realidad de nuestra fe. Ya sabéis que el primer nombre que se dio a la fe cristiana fue *“El Camino”, via*:

- S. Pablo es enviado a Damasco *“para que si encuentra algunos adeptos al Camino, hombres o mujeres, los lleve encadenados a Jerusalén”* (Hechos 9, 2)
- En Éfeso, Apolo *“había sido instruido en el Camino del Señor [...]”; Priscila y Aquileas le expusieron más exactamente el Camino”* (Hechos 18, 25-26);
- En Cesárea, Félix *“se había informado con mucha exactitud de lo concerniente al Camino”* (Hechos 24, 22).

Y los Padres de la Iglesia no han dejado de insistir sobre la relación que hay entre el Éxodo del Pueblo elegido y la Pascua de los bautizados unidos a Cristo. Así, S. Basilio de Cesárea en

el s. IV dice en su *Tratado del Espíritu santo*: “Al Hablar del “camino” se quiere hablar de una marcha adelante, en progreso continuo [...], pues siempre vamos hacia adelante, tensando todo nuestro ser hacia lo que queda aún por recorrer antes de llegar al final bienaventurado. La inteligencia de Dios, que el Señor concede a quienes ponen su fe en Él, pasando por sí mismo: “Nadie va al Padre sin pasar por mí” (cap. 8)

Vamos a ver que cada una de las afirmaciones capitales del P. Andrés están sobrentendidas por esa conciencia de cristianismo primitivo y por la verdadera fe de siempre: la vía del seguimiento de Cristo, la vía en Cristo, es *un camino*; y la fuerza de los escritos del P. Andrés, con formulaciones fulgurantes, consiste en hacernos comprender que seguir este camino es ya haber llegado al fin del camino, que no es otro sino el encuentro con Cristo, puesto que *Él mismo dice que es el camino*.

Y puesto que tenemos tiempo limitado, hoy vamos a atenernos a lo principal. Si tuviera que resumirlo en una frase, yo diría esto: **El P. Andrés tiene el genio de poner al derecho todo lo que nosotros tendemos a ver del revés.** Nos vuelve a enseñar lo comprendemos al revés. Por supuesto que no predica una religión nueva. Pero actúa sin que lo parezca, sin pretenderlo, el prodigio de abrirnos los ojos sobre lo que tendíamos a olvidar, o a relegar a segundo plano; y cuando las cosas se han puesto al derecho gracias a él, me parece oírle decirnos con una sonrisa: “¿Comprendéis ahora por qué vuestra manera de creer no os aporta la alegría?” Algunos ejemplos:

1. El Dios del que da testimonio el P. Andrés no es un Dios lejano, rival o enemigo del hombre, sino un Dios cercano, que se hace socio, compañero, amigo, el “*hermano del hombre*” Leer los extractos 1 y 2; estos dos extractos merecen un examen profundo. Notemos sobre todo:

- El P. Andrés habla en presente (es su tiempo preferido de la conjugación)
- Esa manera de percibir a Dios como el Muy Cercano es de una novedad inaudita en 1820: en Francia, entonces se salía del siglo de las luces en el que Dios si todavía se creía, era menos una persona que una idea, una abstracción (cf. Los deístas); y, por otro lado, todavía quedaban no pocos rasgos del jansenismo mal comprendido, que alejaba a Dios del hombre y así, se desanimaban de acercarse a Dios...

El P. Andrés, no sabía hablar de Dios sin referirse a Jesús. No deja de escribir la expresión “*nuestro Señor Jesús*”, nombrándole por su nombre de hombre. Eso no era en absoluto corriente a comienzos del s.XIX. En aquel tiempo los libros de espiritualidad o de devoción empleaban las expresiones: *Dios, Divinidad, el Eterno, el Altísimo*, nunca *Jesús* ni *Jesucristo*. Pensad que en 1835 Lacordaire producirá un escándalo en N. D. de París al pronunciar por primera vez, en francés, el nombre de *Jesús*.

- Pero, sobre todo, y en eso el P. Andrés nos habla hoy, asocia en dos pasajes, como en muchas de sus cartas, *el pesebre, la cruz, el altar*. Se trata de una triada que nos revela la fe que vivía el P. Andrés.

- 1) La Encarnación... considerarla en su realismo más concreto;
- 2) La misa no es sólo una Comida simbólica, sino la actualización del Sacrificio de la cruz [si se pusiera el acento en este doble significado, sin duda que nuestras iglesias estarían menos vacías... Si la misa no es más que una comida simbólica en la que se recuerda a un ser querido desaparecido, no es extraño que los jóvenes no encuentren nada estimulante en ella y prefieran ir al Mac Donald]
- 3) Por la reafirmación incansable de esta triada, el P. Andrés nos enseña a Mirar a Cristo con ojos limpios: por supuesto que es el Señor, pero desde Belén y el Gólgota, el Altísimo se ha convertido en el *Bajísimo* (como lo escribió Christian Bobin en un libro que hizo sensación en 1992). En eso lo que tuvimos la costumbre de ver al revés ¿no se ha puesto al derecho?

*

2. Otro ejemplo de la desestabilización que producen los escritos de P. Andrés es en nuestra manera de pensar *la Trinidad* o incluso en la Trinidad. Si recordáis las estatuas que se ven en las iglesias, sabéis que lo representan sosteniendo un pergamino donde está escrita, entre otras cosas, la doxología "*Gloria al Padre, y al Hijo y al Espíritu Santo*". No es por azar, pues esta invocación unifica, en numerosas ocasiones, sus escritos. Miremos de cerca uno de los más hermosos pasajes donde evoca a la Trinidad, con un lirismo admirable, con un entusiasmo juvenil (entonces tenía 79 años) Leer el extracto 3

Ese pasaje magnífico basta por sí mismo. Podríamos temer reducirlo al comentarlo. Sin embargo conviene añadir algunas notas:

- Recordaréis sin duda que en 1978, el Papa Juan Pablo I, recién elegido, sorprendió al mundo entero al declarar que Dios nos amaba no sólo como Padre, como siempre se ha dicho, sino también "*como una madre*". Sencillamente se había olvidado el salmo 130 (*mi alma está en mí como un niño en el regazo de su madre*) y a Isaías (46, 3-4, y 66, 12-13). Pero el P. Andrés, asiduo a la oración del *Breviario*, no lo había olvidado.
- Pero hay que ir más lejos: entonces consideraremos a la Trinidad como si estuviera ante nosotros, como un objeto (en el sentido etimológico del término), y que nosotros nos perdemos diciendo cualquier cosa para tratar de entender ese misterio (pensad en S. Agustín y en su historia de la concha con la que un niño intenta transvasar el agua del mar Mediterráneo a un agujero horadado en la playa), el P. Andrés da vuelta a la perspectiva: somos nosotros quienes estamos en la Trinidad. Otros autores espirituales después de él continuaron afirmando que el Cielo y Dios están en nosotros (cf. Isabel de la Trinidad), mientras que algunos teólogos rectificaron la reflexión y se acercaron a la intuición del P. Andrés diciendo que no se sabría comprender un misterio sino con la condición de entrar en él.
- Dicho esto la visión beatífica no es un futuro más o menos lejano, una felicidad diferida para después de la muerte: se da ya en la vida presente, se ofrece a nuestra sed de infinito. De ahí la exaltación que se apodera de la pluma del P. Andrés cuando

a pesar suyo desvela el secreto de su contemplación. Se está en la aparente paradoja del *todavía no* que es un *ya ahí*. E igualmente (y aquí es una afirmación que merecería la cita de otros extractos), a los ojos del P. Andrés, la resurrección no es lo que ocurre después de la muerte, sino que existe ya en la muerte: no ha olvidado nunca que, el Viernes santo, la Iglesia latina tienen la audacia (yo iba a decir el impudor) de cantar, en el momento trágico entre todos en el que se desvela la cruz. *Crucem tuam adoramus... et sancta resurrectionem laudamus... Ecce enim propter lignum venit gaudium (Tu Cruz adoramos... y tu santa resurrección alabamos... pues del madero ha venido la alegría)*

- Vuelvo a la intuición concerniente al conocimiento que podemos tener del misterio de la Trinidad: coincide en el P. Andrés con la afirmación exaltante de que, desde aquí abajo, puesto que ya estamos incorporados a Cristo por el bautismo, no somos solos nosotros quienes actuamos cuando hacemos su voluntad sino que Él actúa con nosotros y por nosotros, o nosotros con Él y en Él. Habría que citar aquí las cartas en las que el P. Andrés sugiere o dice claramente que, cuando amamos, es el Espíritu santo quien ama en nosotros, exactamente como ha mantenido siempre al Hijo vuelto hacia el Padre.

*

3. Y volvemos al 3^{er} elemento fundamental de la espiritualidad del P. Andrés de su estado de ánimo, de lo que verdaderamente ocupaba su corazón. Para él que había leído a Bossuet que dice que la Iglesia *“es Jesucristo derramado y comunicado”*, todos nosotros somos otros Cristos.
Leer los extractos (breves) 4-11

Esos extractos hablan por sí mismos. Imitar a Cristo va hasta llegar a ser *“otro Jesucristo”*, *alter Christus*: la expresión es de Tertuliano, el primer escritor cristiano de lengua latina (+ hacia el 22 en Cartago); en su *Tratado sobre el bautismo*, Tertuliano califica a todo cristiano con esta expresión: *“christianus alter Christus”*. Al filo de los siglos se ha reservado (abusivamente) esa expresión al sacerdote puesto que el sacerdote celebra *in persona Christis*. Y, mira por donde, el Padre Andrés encontró instintivamente el sentido original de la expresión y le da una extensión ilimitada: todo bautizado está llamado a ser *alter Christus*, “incluso” las mujeres, “incluso” los niños... Sin saberlo se adelantaba siglo y medio a la gran novedad del Concilio Vaticano II abogando por *“la vocación universal a la santidad”*.

*

4. El P. Andrés saca las consecuencias de esta llamada universal a la santidad, dirigiéndose a los laicos exactamente en los mismos términos que a sus Hijas religiosas.

Pablo VI sorprenderá al mundo cristiano al decir la expresión que luego retomó el beato Juan Pablo II y que ahora se ha hecho corriente, que la familia es *“una Iglesia doméstica”* célula base de la gran Iglesia...

*

5. Si tuviéramos tiempo, habría que mirar los pasajes donde el P. Andrés, hablando de la muerte, asocia siempre *muerte y vida*:

- Ante todo, no se encuentra nunca nada mórbido ni dolorista en lo que él escribe;

- morir es dejar lo que es perecedero, falso, terrestre,
No por desprecio del mundo,
Sino por preferencia por lo que es duradero, verdadero, eterno, celestial.
- Morir es morir a sí mismo, a este yo engañoso porque es demasiado estrecho, tético, decepcionante.
- Morir es lo que él llama después de S. Pablo, "*morir al pecado*"

No por gusto de la autodestrucción,
Sino para vivir verdaderamente, en plenitud, desde aquí abajo.

Leer
extracto 13

Si pudiera permitirme una confianza, mi propia fe se ha transformado a partir del momento en que los escritos del P. Andrés me hicieron comprender esto: la muerte biológica, por supuesto que la tenemos delante, habrá que pasar por ella – pero será un paso, una pascua- pues la muerte misma en tanto que destrucción esta ya superada, está detrás de nosotros, ha sido vencida una vez por todas ; la cantamos 40 tardes seguidas en el himno de vísperas del Tiempo pascual: *Consurgit Christus túmulo* (Cristo se levanta de la tumba) *victor redit barathro* (vencedor sale del abismo), *tyranum trudens vinculo* (empujando al tirano encadenado) *et paradisum reserans* (y reabriendo la puerta del paraíso).

Este camino nuevo y definitivo que se encuentra en la muerte, a través de la muerte, es todo el misterio de la cruz: como el P. Andrés lo dice de muchas formas, la cruz es la victoria del amor, de un amor más fuerte que la muerte. Y sólo por esta experiencia que coincide con lo que S. Pablo llama "*el hombre interior*" (ef. 3,16) *lo que nos va a quedar "enraizado en el amor, establecido en el amor" para "conocer el amor de Cristo que sobrepasa todo lo que se puede conocer" y, desde esta vida, estar "colmados hasta entrar en la plenitud de Dios" (Ef. 3, 17-19)*

La puesta al derecho de lo que habitualmente vemos del revés o en desorden conduce a un descubrimiento que cambia todo: Para el P. Andrés, lo contrario de la vida no es la muerte sino el miedo, el miedo en todas sus formas, ese miedo que nos roe y que "nos pudre la vida" como dicen los jóvenes.

Y la prueba de que para él lo contrario de la vida no es la muerte sino el miedo, es que no deja de exhortar a la confianza: "*Ánimo, Hija mía*", "*No os desaniméis nunca*", "*Confianza, Hermana*"... Nos dice en todos los tonos que no tenemos ninguna razón para tener miedo, precisamente gracias a esa irrupción de luz que se opera por lo que él dice la puesta al derecho:

- ¿Podemos todavía tener miedo de Dios cuando Dios se ha hecho nuestro *hermano*?
- ¿Podemos tener miedo del mundo cuando sabemos que estamos ya *en* la Trinidad?

¿Puede uno tener miedo de sí mismo cuando “*ya no soy yo quien vivo sino Cristo quien vive en mí*”?

Finalmente todo se resume en las palabras de S. Juan :“*El amor echa fuera todo temor*”. Muy a menudo olvidamos que la Nueva Buena de los cristianos culmina en la liberación de todo temor... y sin embargo cada mañana repetimos en laudes: “*juramento que juró a nuestro padre Abraham para concedernos que libres de temor...*” Yo estuve en la plaza de S. Pedro el 22 de octubre de 1978 y pude oír el grito audaz del Beato Juan Pablo II al mundo “*No tengáis miedo*”.

El frecuentar escritos tan audaces de S. Andrés produce en mí el mismo efecto. Por esta bienaventuranza que cambia la vida, nunca agradeceré bastante a las Hijas de la Cruz por haberme confiado el trabajo de analizar las *Cartas* de su Padre fundador, que es también “nuestro” Buen Padre de todos.

Y diciendo esto ¿hemos perdido de vista el tema del *camino*? En absoluto Todo lo que trato de decir, ciertamente con menos sencillez y fuerza que el P. Andrés, es el núcleo de la Buena Noticia: en Jesucristo Dios entra en la Historia humana, constantemente viene a nosotros, está *con* nosotros. El Beato Juan Pablo II dijo magníficamente en términos que el P. Andrés hubiera aplaudido: “*El hombre es el primer camino y el camino fundamental de la Iglesia, camino trazado por Cristo mismo, camino que de manera inmutable pasa por el misterio de la Encarnación y de la Redención*” *Redemptor hominis* [1974], &14).

Claude Garda